

EL COLEGIAL DE SALAMANCA.

I.

El 11 de mayo de 1686, una pesada berlina tirada por dos vigorosos caballos, entraba en la ciudad de Salamanca, y una de las personas que iban dentro sacó la cabeza por la ventanilla diciendo á su cochero:

—Vé despacio, Claudio, que no quiero atropellar á nadie: deja ir los caballos á su paso natural, y pregunta al primero que pase, dónde está situado el colegio de Santiago el Mayor.

Luego se recostó en los almohadones, y dirigiéndose á una muger que la acompañaba, añadió:

—¡Cuánto deseo tengo de abrazar á mi hijo!

—Y yo me atrevo á asegurar, señora, que el señorito debe tener igual deseo, porque sin duda alguna espera nuestra llegada.

—He escrito al rector, pero como los correos se hallan en tan mal estado, mucho temo que no haya recibido mi carta.

—¿Está decidida la señora, preguntó el cochero con toco acento, á no atropellar á nadie?

—¿Por qué lo dices, Claudio?

—Porque hay parada una porción de gente, y no es razón que yo no pueda atravesar á galope las calles de esta ciudad.

La señora sacó otra vez la cabeza, y se puso pálida como la azucena.

—Paulina, ¿no ves á un jóven en medio de la multitud?

—Dónde, señora, preguntó el ama de leche fijando sus ojos en el grupo.

—Allí, allí, cerca de la esquina.

—Veo á muchos, señora.

—Aquel que está vestido de paño pardo, y tiene un sombrero blanco, adornado de una pluma encarnada.

—Ya lo veo, señora, ya lo veo.

—¿No se parece á mi hijo?

—¿Qué decís, señora?... Vuestro hijo no es tan alto, y además siempre lleva el manto y la collareta, como que sigue la carrera de la Iglesia.

—Ya hace dos años que no le hemos visto, Paulina, y puede haber crecido.

—Sus cabellos eran menos negros que los de ese pillastre, señora.

—Sí, pero con la edad ennegrecen los cabellos.

—¿Con que no atropellamos á nadie? dijo el cochero con enfado.

—Ya te he dicho que no, Claudio, respondió la dama con cierta autoridad.

—Entonces la señora, repuso el cochero, tendrá que esperar á que la gente despeje, porque no se puede dar un paso sin tropezar con algun canalla.

—El canalla lo serás tú, replicó uno de los hombres que se hallaban mas cerca del cochero.

—Calla, repuso éste, ó te cruzo la cara de un latigazo.

—¿A mí, seor lacayo?

—¡A tí, canalla!

SEGUNDA SERIE.—1861.

—¿Quién nos dice canalla? demandó un viejo con furia.

—Este galopin, respondió el de la disputa.

—¿Con que nos ha llamado canalla! replicó otro, y habiendo circulado entre la multitud la palabra *canalla*, todos se agolparon hácia el coche en ademán amenazador.

—Corramos las cortinillas, señora, exclamó Paulina ejecutando el consejo que acababa de dar. Estos hombres serán capaces de todo, si descubren que no hay en el coche mas que dos pobres mugeres.

—¡Abajo! ¡abajo! gritaron unos pocos en tumulto, dando al coche un violento empuje.

La dama comprendió que se había trabado un combate entre el cochero y la gente, y no atreviéndose ni á moverse ni á respirar, se mantuvo en un rincón, y escuchó temblando el ruido que iba en aumento, no sin esperar de un momento á otro ver muerto á su cochero, sueltos los caballos, roto el coche, y ella, así como la nodriza, obligada á atravesar aquella multitud furiosa, que la insultaría sin miramiento alguno.

Escesivo era su miedo, cuando la portezuela del coche se abrió, y una voz juvenil pronunció estas palabras:

—¿Adónde quiere la señora que la conduzca?

—Al colegio de Santiago, respondió la dama sin mirar al que le hablaba.

—Lo agradezco mucho, dijo el jóven; se me ha olvidado el camino de ese colegio, y no pienso en poner los pies en él!

—Entonces, á la primera posada, ó á donde tengais á bien, se apresuró á decir la dama, no atreviéndose á descubrir el rostro por no ver los muertos y heridos que debía haber en torno suyo.

II.

La portezuela se cerró, partiendo la berlina á galope.

—¿Habeis visto, señora, al diablo que nos conduce? Lijo Paulina cuando sintió el sacudimiento dado al coche para ponerse en marcha.

—No, Paulina, respondió la dama temblando todavía. ¿Qué le habrá sucedido á Claudio en este tumulto espantoso?

—¡Quién sabe, señora!.. Tal vez haya muerto.... ¡qué gente, Virgen Santa! ¡qué gente tan soez!... No habeis visto al borracho que nos preguntó adonde queríamos ir.

—¿No era feo?

—Espantoso, señora, espantoso; figuraos una boca abierta hasta las orejas, ojos de mochuelo, cabellos rojos y una nariz... yo no he visto una nariz por el estilo.... y luego una estatura de gigante... ¿pues y su voz?... ¡qué voz tan terrible, señora!...

—No lo creas, Paulina, su voz era muy dulce, y si he de decir la verdad, me pareció que oía la voz de mi Teodoro.

—¿Lo qué es una madre! exclamó la nodriza; ¡la voz del señorito que es tan dulce y tan suave!

—¡Hola!.. muchacha... ¡mozo!.. se puso á gritar la misma voz que á la señora de Lerín, pues así se llamaba la dama, le parecía tan dulce, y á Paulina tan terrible... ¿dónde está el huésped de la posada del *Toro*?.. ea, prevenid habi-

AÑO XIX. 23.

taciones y una buena comida... Arrancad las verduras, torced el pescuezo á todos los pavos, que viene gente.

El coche se paró, abrióse la portezuela y la misma voz añadió:

—Ya habeis llegado, señoras.

Y otra voz mas gruesa dijo:

—Cuando gusten pueden bajar las señoras.

Todo esto fué dicho tan pronto que la señora de Lerin no tuvo tiempo, ni la necesaria presencia de espíritu para detener á la primera persona que la habia hablado; pero la habia visto, y aunque mas alto, y de cabellos mas oscuros reconoció á su hijo exclamando; Teodoro!!

Pero ya el jóven habia desaparecido, y solo se presentaba á la portezuela del coche el semblante vinoso del huésped de la posada del Toro.

La señora de Lerin y Paulina se apearon, y apenas ocuparon una habitacion, aquella preguntó al posadero si conocia al jóven que la habia conducido.

—¿Si le conozco, señora? respondió; es el mas valiente espadachin de toda la ciudad, y entre todos los pendencieros se distingue por su audacia, su gallardía y su apostura.

—¿Cómo se llama, preguntó con interés la de Lerin?

—Listo, osado, sin desamparar nunca la espada que ha desenterrado de no sé donde, acude á donde hay ruido, y se divierte en dar y recibir porrazos, aunque si se ha de hablar en justicia, siempre da mas que recibe.

—¿Cómo se llama, preguntaba la pobre madre con angustia?

—Pero tambien es el primero, señora, que acude á donde hay peligro; la última semana salvó á un muchacho que iba á abrasarse en un incendio; ayer mismo sacó del Tormes á un hijo mio que se cayó jugando junto al puente; porque habeis de saber que el espadachin nada como un pez.

—¿Mas cómo se llama? dijo la señora de Lerin; por el amor de Dios decidme su nombre!

—¿Su nombre! repuso el huésped admirado, ni lo sé ni he pensado en preguntarlo. Aquí le llamamos el espadachin, ó el pendenciero, ó el valiente taur.

El posadero salió dichas estas palabras y la señora de Lerin dijo á la nodriza:

—Paulina, es mi hijo, lo conozco.

—En verdad, señora, que no sé como podeis figuraros que el señorito sea el espadachin de que ha hablado el posadero. ¿El hijo de un valiente marino muerto en defensa de su patria, el jóven destinado á la carrera de la Iglesia habia de ser el monstruo que yo vi? ¡Imposible, señora, imposible!

El huésped interrumpió á la nodriza, diciendo á la de Lerin:

—Señora, acabo de saber que el espadachin ha librado á vuestro cochero de manos del populacho, el cual queria hacerle tomar un baño de agua fria en el Tormes, para enseñarle á ser político..... En seguida el pendenciero acaba de entrar en la sala de armas, que está aquí cerca, para ejercitarse en tirar el florete con otro espadachin..... Si quereis divertirlos, señora, venid conmigo á la sala, á donde se dirige medio Salamanca.

—Con mil amores, dijo la dama, aprovechándose de la ocasion para asegurarse por sí misma de si efectivamente era su hijo, ó si la habian engañado su corazon, sus ojos y sus oidos. Cubrióse, pues, con un espeso velo, y siguió al huésped con gran asombro de Paulina.

III.

Cuando la viuda de Lerin y Paulina se presentaron á la puerta de la sala de armas, fueron rechazadas por la multitud de curiosos que se cruzaban al entrar y salir, y ya la dama iba á renunciar á su deseo de ver el desaffo, cuando el maestro de esgrima se acercó á la elegante forastera diciendo:

—Si la señora quiere presenciar el asalto, yo proporcionaré sitio: será tanto mas curioso, cuanto que ya no es al florete, sino á espada, ó lo que es lo mismo, un desaffo á muerte..... El mas jóven no tiene diez y seis años, pero es muy hábil.... como que yo he sido su maestro..... Su antagonista tiene mucha mas edad que él, pero no es tan diestro..... ¡Sitio, señores, sitio á una dama!... ¿Veis bien, señora?

—No mucho, respondió la de Lerin, solo veo el rostro de uno de los adversarios..... ¡Pero Dios mio! se van á matar.

—Nada temais, señora, porque son muy diestros... uno... dos... ¡bien!... ¡perfectamente!... Mirad, señora, el mas jóven se vuelve hácia nosotros, ¿no le veis la cara?

—Detenedlos, señor, detenedlos, se puso á gritar la viuda, apenas fijó los ojos en el mas jóven de los combatientes; por el amor de Dios, impedid el duelo!...

—Dios me libre, señora; son muy valientes los dos para que yo me prive de semejante espectáculo; pero callad, porque vuestra voz puede distraer á uno ú otro, y causar su muerte..... Callad, señora, que es un verdadero combate.

Esta palabra cerró la boca á la pobre madre; pero al mismo tiempo suspendió todas sus facultades, de suerte que ni tenia fuerzas para huir ni valor para quedarse.

—Por piedad... impedid el desaffo! dijo al maestro con la voz cortada y respirando apenas.

—Impedir el combate, señora!..... ni por pienso, dijo el maestro indignado, y siguiendo con ansiedad á la par que alegría los golpes de los combatientes, cuyas espadas se cruzaban con tal rapidez, que era preciso ser muy inteligente para ver algo mas que encarnizamiento.

A poco se escapó un grito al mas jóven de los adversarios, y la señora de Lerin cayó sin conocimiento en brazos de la nodriza.

Cuando recobró sus sentidos, se halló en la posada del Toro, y sentia que una boca la cubria de lágrimas y de besos. En pié, delante de ella, estaba Paulina mirando á un individuo arrodillado á los pies de la señora de Lerin, y el posadero y algunos criados se mantenian á cierta distancia. La viuda se bajó para ver al que la estrechaba la mano, y conoció al que habia conducido el coche, asi como al diestro espadachin de la sala de armas.

—¡Mal hijo! dijo con profundo dolor.

—Perdon, madre mia, perdon, contestó el osado mancebo, convertido de repente en el mas tierno de los hijos.

—Pero estás herido! repuso la madre, recordando el grito de Teodoro.

—Nada, un arañazo en el hombro.... ¿me perdonais, mi buena mamá?

—Pero Teodoro, ¿por qué das tanto que sentir á tu madre?

—¡Oh! decid que me perdonais.

La señora de Lerin levantó al muchacho besándolo en la frente, y Paulina dijo con aire de incredulidad:

—¿Pero señora, creis que este espadachin es el señorito?

—¿No es verdad que ha crecido? preguntó la madre mirando con orgullo á Teodoro.

—El demonio es muy malo, señora, y vos demasiado crédula, dijo la nodriza con aire apesadumbrado.

—¿No me conoces, Paulina? saltó Teodoro, dirigiéndose con los brazos abiertos á donde estaba la nodriza. ¿No conoces al niño á quién me ciste, mimándolo y acariciándolo, y al cual diste las primeras lecciones de glotonería?

—Atrás, Belcebú, exclamó Paulina retrocediendo con espanto, y añadió persignándose varias veces: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!....

La señora de Lerin no pudo menos de reirse del miedo de la nodriza, y luego dirigiéndose á Teodoro le dijo:

—¿Pero por qué has salido del colegio? ¿Cómo es que te encuentras dando de cuchilladas por esas calles?

—Mamá, lo he pensado muy bien, y conozco que el estado sacerdotal no es para mí el mas adecuado; por esto he dejado el colegio, querida mamá.... y luego á un hijo de un marino le conviene el mar....

—Sin embargo, dijo la madre sonriéndose, la tierra, si he de creer lo que dicen en esta ciudad, te agrada muy mucho.

—Si, replicó el mancebo; pero como llegue á ser marino, prometo no volver á poner los pies en ella, sino para venir á abrazar á mi querida mamá....

—¡Pues bien! ya sabes la guerra pendiente con Francia; la familia de tu padre armó una fragata de diez y ocho cañones, y en ella harás tu primera campaña.

IV.

Embarcado en efecto Teodoro Lerin en la *Santa Isabel* prestó muy buenos servicios en las aguas de Cataluña, peleando contra los franceses que invadieron el Principado y llevaron la desolacion hasta las puertas de Barcelona.

Mas tarde, su familia, admirada de su valor, le confió el mando de la misma fragata, á bordo de la cual peleó con denuedo contra los moros que habian sitiado á Ceuta, pero que tuvieron que cambiar en bloqueo el sitio de esta plaza y la de Melilla, despues de perder la mitad de su gente.

Muerto Carlos II subió al trono de España Felipe V, y habiendo atacado la Andalucía en 1702 la escuadra combinada de Inglaterra y Holanda, Lerin se portó como un valiente en aquella lucha, colmándole el monarca de honores y distinciones.

En medio de tantos reveses como sufrió España en aquel tiempo, Teodoro Lerin sobresalió por su arrojo, y mucho mas por su fidelidad al monarca nunca desmentida. Murió tan esforzado marino á los cincuenta y tres años de edad, dejando tres hijos, los cuales en sus respectivas carreras siguieron con gloria las huellas de su padre.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

UN RECUERDO.

Me gustaban en mi juventud los paseos solitarios. Buscaba los sitios risueños y pintorescos, agradaban á mis ojos, á mi imaginacion y á mi corazon. Se hallaban en armonia con mis ideas tranquilas y serenas. Entonces, si descubria una cruz en lo alto de una colina ó sobre la orilla de la senda por donde iba á pasar, apartaba mis miradas.

¿Por qué me debia yo entristecer con la vista de un instrumento de un suplicio, en estos sitios que tanto ha embellecido el Criador?....

Un sentimiento de repulsion me agitaba.

El signo santo de la redencion produjo en mí una emocion enteramente nueva cuando en un puerto de mar ví la cruz gigantesca levantada cerca de un faro.

—¡Oh! me dije, aqui si que está bien colocado este signo de la esperanza, en medio de los escollos, enfrente de las tempestades. ¡Los marineros, luchando contra las olas, lo divisan á lo lejos y lo invocan, en tanto que sus mugeres lo rodean, haciendo resonar la playa con gritos y plegarias!

Cuando volví á ver mis risueñas y encantadoras campiñas, un recuerdo de las tempestades se ofreció á mi pensamiento.

—Bello son estos sitios, me dije; ¿pero los que los habitan no han tenido nunca dolores que sufrir, ó qué temer? ¿Qué mansion en la tierra está exenta de tormentas? ¡Cruz del Redentor, bendita sea la mano que te ha levantado por donde puede pasar un afligido! ¡Ay! ¿qué hombre no lleva siempre en su corazon la tempestad de las pasiones y las amarguras de la vida?

MANUEL GUZMAN.

LA RESTAURACION

DE LA IGLESIA DE SAN ESTÉBAN DEL MONTE

EN PARIS.

Aunque esta iglesia es de fecha bastante reciente, aunque no pueda compararse á las obras maestras del arte ojival, no deja de ser considerada como uno de los mas notables monumentos religiosos de la capital de Francia. Asi es que, su restauracion, que ha costado doce años de tiempo, es uno de los trabajos mas útiles de la época actual.

El 20 da agosto de 1610, se comenzó la iglesia de San Estéban del Monte. Su construccion duró cerca de quince años. En la dedicacion de este templo ocurrió un suceso que fué considerado como un verdadero milagro.

Dos señoritas jóvenes que se hallaban durante la ceremonia en una galeria encima del coro, se cayeron con la barandilla que les servia de apoyo. No recibieron el mas leve mal, ni quedó herido ninguno de los concurrentes!

Una lápida con una inscripcion, recuerda para perpétua memoria esta aventura.

En el cementerio de esta iglesia han sido enterrados muchos notables é ilustres personajes, entre otros Baise, Pascal, Tournefort y el célebre pintor Lesueur.

Tiene una capilla lateral consagrada á la conmemoracion de los muertos ilustres enterrados en las suprimidas abadías de Santa Genoveva, San Benito, San Victor y los

Jacobinos. Santa Genoveva, patrona de París, Santa Clotilde, reina de los francos y Clodoveo I su marido, tienen allí sus sepulcros visitados continuamente por los viajeros.

Las reparaciones que se han hecho en lo interior, consisten en picar las piedras de alto á bajo, y en una ornamentación severa, donde no se han prodigado como en otras ocasiones las pinturas y el oro.

A consecuencia de este picado y de esta limpieza, aparecen claramente á los ojos un gran número de bellezas desapercibidas antes, especialmente los bordados y calados de la tribuna, porque á diferencia de las iglesias modernas, San Estéban del Monte tiene una tribuna. Deben saber nuestros lectores, que la tribuna servía en las antiguas iglesias para la lectura del Evangelio.



Iglesia de San Estéban del Monte. — Vista tomada desde la calle Montaña de Santa Genoveva.

No han sido menos considerables y ejecutadas con menos gusto y talento las reparaciones en el exterior.

Falta todavía completarlas, lo que se propone hacer el emperador Napoleon III, dejando despejada la iglesia, der-

ribando las casas que se ven á la derecha del grabado que presentamos con este artículo, y que es la calle que se llama de la Montaña de Santa Genoveva.

ADOLFO SERRA.

LA CALLE DE JUAN RACINE EN FERTE-MILON.

Recreen su vista nuestros lectores en el grabado de este artículo cuyo dibujo es debido á Eugenio Lavielle, uno de los mas inteligentes paisagistas de Francia!...

En terreno desigual donde crece la yerba entre las piedras, esa vereda tortuosa y en cuesta, esos viejos escalones separados, esas casas entapizadas de hojas, esas groseras ventanas producen el efecto de un callejon de alguna oscura y desconocida aldea.

Sin embargo, pertenece á una ciudad cuya gloria en-



Vista de la calle de Juan Racine, en Ferte-Milon.

vidiaria París. Esa calle lleva un nombre que la iguala á la calle de Rívoli, la mas bella del mundo.

¡Es la calle de JUAN RACINE en la Ferte-Milon!

En ese humilde rincon de la Francia, nació Juan Racine el 22 de diciembre de 1639.

Un poco mas lejos se encuentra un famoso castillo.

En la plaza de la Ferte-Milon delante del ayuntamiento se ve de pie la estatua del ilustre poeta, esculpida en mármol por el inmortal cincel de David.

Su familia era honrada en aquel país aun antes de que él se hubiese conquistado tanta gloria, testigo este epitafio que se leía todavía en 1793 sobre un sepulcro en la iglesia mayor de la ciudad:

Aquí yace el honorable personaje Juan Racine, receptor por el rey nuestro señor y por la reina, tanto del patrimonio y ducado de Valois, como de las salinas de la Ferte-Milon y Crespi en Valois. Murió en 1592.

Este era el abuelo del poeta, y ya se ve que era de buena casa. Mientras su padre estaba empleado en rentas, su madre descendía de la magistratura. Juana Seonin era hija de un procurador del rey de Villers-Cotterets.

Los Seonin se encargaron de la educación de Juan Racine, huérfano desde la edad de tres años. Recibió en esta familia patriarcal las tradiciones de las íntimas virtudes de que dió tan interesantes ejemplos. Su abuelo el viejo Seonin, tenía nada menos que cuarenta y dos entre hijos y nietos!....

A todos los reunía á su mesa en las grandes festividades, y el dulce Racine no dejaba de padecer un poco en medio de aquella bulliciosa y caprichosa reunion de familia.

Allí fué testigo y víctima de una primera tragedia que tal vez decidió de su destino dramático. ¡Tan fuertes y duraderas son las sensaciones de la infancia!

Era un día de gran banquete en casa del abuelo Seonin.

Invitado como los demás el niño Racine, enfermo y melancólico, se mantenía separado en un rincón de la mesa y se defendía lo mejor posible, ó mas bien no se defendía, contra los ataques de sus primos y las travesuras de sus primas.

Una de estas últimas sobre todo llamada Juana Magdalena, orgullosa de sus nueve años (el poeta solo tenía entonces seis años) le hacía una encarnizada guerra de palabra y obra.

Agotado el sufrimiento al fin de la comida, Racine se vengó con un rasgo de ese espíritu satírico y mordaz que desplegó mas tarde en algunos sangrientos epigramas.

Herida en lo vivo Magdaleña y no encontrando réplica se levantó de la mesa llorando y meditando un terrible desquite.

Los dos niños tenían cada uno su animal predilecto. El primo un gorrion que habia domesticado, y la prima un gatito que era el azote de la casa.

Así que hubo comido muy bien Racine fué á llevar parte de sus postres á su pájaro.

Acercóse tiernamente á la jaula..... ¡Oh, dolor! ¡Está vacía! Corre, llama, busca..... ¿Y qué es lo que encuentra? la cola y las alas y las lindas plumas del gorrion esparcidas en un rincón de la casa al lado del gato que acababa de devorar el ídolo del poeta!

¿Era Magdalena la que habia cometido aquel crimen?

Demasiado lo dejaba adivinar su alegría perturbada por el remordimiento.

Aterrado Racine con el golpe no tuvo ni aun fuerza para quejarse. Púsose de rodillas, recogió las plumas regán-dolas con sus lágrimas y fué al jardín á enterrarlas al pie de un lindo rosal murmurando en su alma infantil el pre-

ludio de los gemidos de *Andrómaca*, de *Berenice* y de *Ester*...

Tal fué esta primera tragedia de la Ferte-Milon, ¿no reunia acaso el terror y la piedad segun las reglas de Aristóteles?

El gran poeta declaró mas tarde que aquella desgracia jamás se borró de su alma, y le inclinó á la melancolía y á la ternura que debían inspirarle tantas obras maestras.

De la casa de su abuelo Seonin pasó Racine al colegio de Beauvais.

Era la época de la Fronda. La Fronda se hallaba por todas partes. A punto estuvo de costarle un ojo á nuestro escolar.

Había dos campos en su clase como en toda la Francia. El fue el jefe de un partido, lo condujo á la batalla y recibió una pedrada que lo derribó al suelo lleno de sangre, y cuya cicatriz conservó toda la vida sobre la ceja izquierda.

Segundo aprendizaje de la tragedia!....

Entró por último en Port-Royal, donde muchos de sus parientes eran religiosos, y asombró á sus maestros con la rapidez de sus progresos.

Allí escribió su primera composicion de versos latinos sobre la muerte de Rabotin, su amigo, el perro del colegio: le prometió una inmortalidad que de seguro le duraría.

Semper honor, Rabotine, tuus laudesque manebunt.

Allí fué tambien donde se relacionó con el duque de Chevreuse, cuya amistad no se desmintió jamás.

El duque de Chevreuse ha dicho mas tarde: el poeta era un jóven buen mozo, de un carácter leal, teniendo un alma dulce y un delicado talento. El duque hubiera podido decir otro tanto del poeta á quien despues de cuarenta años de amistad vino á estrechar la mano en el momento de su muerte.

En Port-Royal por último fué donde estudió Racine seriamente la tragedia griega.

¡Con qué felicidad, escribía á su maestro el abate Voseur, corro á internarme en los bosques con mis dos amigos Eurípides y Sofocles.

Habiendo salido de Port-Royal cubierto de laureles vacilaba entre la poesía y el foro, cuando el matrimonio de Luis XIV, fijó definitivamente su destino.

Su oda la *Ninfa del Sena* enseñada á Chapelain, despues á Colbert y despues al gran rey, le valió por parte de éste el regalo de una bolsa con cien luises de oro y una pension de seiscientas libras.

Desde entonces abandonó la Ferte-Milon, escribió los *Hermanos enemigos*, *Alejandro*, y se elevó al nivel de Corneille con su *Andrómaca* y al nivel de Moliere con los *Litigantes*!

BÓVEDA DE SAN MAURO. El rio Marne, al llegar dos leguas de París, hace un recodo de cuatro leguas. Para evitarlo se ha abierto un canal abovedado por debajo del cual pasan los buques.

LA POSADA DE VILLAGASTIN.

PROVERBIO.

PERSONAS.

EL TIO ANTON.—*Posadero.*
LA TIA JUANA.
TERESA, *su hija.*
MARIQUITA, *su sobrina.*
LORENZO, *su vecino.*

JUAN Y ROSA, *mozos de la posada.*
UN VIAGERO.
Oficiales de la comitiva de Carlos III.

La escena pasa en 1771 en una sala grande de una posada: en el fondo hay un espejo. A la izquierda se ve entreabierta la puerta de la cocina. A la derecha un cuarto igualmente entreabierto, que están adornando con colgaduras de damasco. Enmedio una mesa grande. A la derecha un aparador arrimado á la pared.

ESCENA I.

EL TIO ANTON *con una servilleta bajo el brazo.*—LA TIA JUANA *con las mangas remangadas.*—TERESA *elegantemente vestida.*—MARIQUITA *con la mayor sencillez.*—JUAN Y ROSA. *Todos van y vienen muy afanados, excepto Teresa que se pavonea y admira delante del espejo.*

TIA JUANA. (*A los de la cocina.*) Vamos, vamos, desplumad pronto esas perdices. Picad esa liebre, freid esos pollos... ¡Qué diablos haceis, despachaos! Es particular, preciso es que yo esté en todo, que todo lo haga. (*Al tio Anton.*) Tú, hombre, cuida de que arreglen la mesa... Y tú, Teresa ¡vaya una pereza que tienes! mira al menos á los que están colgando esa alcoba, no vayan á hacer un disparate. Me parece que no adelantan nada.

TERESA. Sí, madre. (*Se mira en el espejo.*)

MARIQUITA. (*Trayendo una pila de platos y manteles.*) Juan, echa una mano aquí, y Rosa, si quieres, baja á la bodega por el vino.

LOS DOS. Con mucho gusto. (*Mariquita sale.*)

ROSA. (*Bajo á Juan.*) El ama nos aturde con sus gritos, Mariquita hace de nosotros lo que gusta con su amabilidad.

JUAN. Me ecbaria al fuego por ella!

ROSA. Manda las cosas, y es la primera en trabajar; ¡y qué caritativa y qué buena es para los pobres!... Ya hará ella de modo que se aprovechen de los restos de esta fiesta.

ESCENA II.

LORENZO Y DICHOS.

LORENZO. ¿Qué ocurre de nuevo, tio Anton? Jamás he visto llegar á casa de vd. tantos proveedores. Todas las cacerolas y asadores de la cocina en movimiento, y en la pieza inmediata están poniendo colgaduras que parece la capilla del monumento.

TIA JUANA. Es vd. muy curioso, señor Lorenzo.

LORENZO. ¡Quiá! Ni miaja. Naturalmente, como vivo en

frente, veo desde mi tienda al medir mi vivero y mi percal lo que pasa en su casa de vd. Yo he dicho para mis adentros, en el parador del Sol van á celebrar alguna gran boda, ó va á haber algun gran conviton.

TIO ANTON. Ni lo uno ni lo otro, vecino. Aguardamos á un viagero.

LORENZO. ¡Un viagero!... Yo hubiera creido que aguardaban vds. algunas docenas. La fiesta de Villacastin no es hasta la Virgen de agosto, y no sé que ocurra nada extraordinario en la villa para atraer tanta gente.

TERESA. ¡Oh! ¡Este es un viagero que trae consigo mucha comitiva! ¡Es un personaje muy distinguido!

TIA JUANA. ¡Quiéres callarte, habladora! Si trabajases como debias en este día de tanta faena, no tendrías tan suelta la sin hueso, y te estarías con tu piquito cerrado.

LORENZO. ¿Con que se trata de un personaje muy misterioso?

TIO ANTON. Quiere pasar por aquí de incógnito.

LORENZO. Hombre, que vd. guarde ese secreto con el público, lo concibo: pero con un amigo...

TIO ANTON. ¡Bueno! Ya me voy convenciendo. El personaje que aguardamos se anuncia con el nombre del conde de Rio-Frio.

LORENZO. Ese título es el que toma el rey Carlos III cuando viaja. Con ese título, cuando era rey de Nápoles, fué á Veletri y á Roma.

TIO ANTON. Sea muy enhorabuena. Lo que es esta vez atraviesa estas provincias de Castilla para ir á visitar la Virgen de Guadalupe.

LORENZO. ¡Ah! ¿Con que es á él á quien aguarda vd....? Ya no me admiran todos sus preparativos... Pero, tio Anton, mientras aguarda vd. tan ilustre huésped, ahí se le entra á vd. por las puertas un viagero.

TIA JUANA. No tiene aire de ser gran cosa.

ESCENA III.

LOS PRECEDENTES, MARIQUITA, *un hombre con un baston, cubierto de polvo, entra, y despues de haber saludado se sienta enjugándose el sudor que corre de su frente.* TERESA *le vuelve la espalda.* EL TIO ANTON *continua limpiando los cubiertos.*

VIAGERO. ¿Tendrian vds. la bondad de servirme algun refresco?

TIA JUANA. ¡Para eso estamos ahora! Aguarde vd. á que no tengamos otra cosa que hacer.

MARIQUITA. Soy con vd. al momento, caballero. (*Hace una señal á Juan que trae una servilleta muy limpia de estaño, con vasos, azucarillos, una botella de vino y una jarra de agua y echa de beber al forastero.*)

VIAGERO. Mil gracias, linda muchacha! (*Vuelve á echarle otro vaso de agua Mariquita y se retira.*) Ahora quisiera tambien algo para tomar un bocado.

TIA JUANA. Lo tendrá vd. si sobra algo.

TIO ANTON. Tá, tá, tá! Vamos, moderacion muger. ¡Perdónenos vd., caballero, estamos tan ocupados! Aguardamos á un personaje importante y vd. se hará cargo que no es posible encantar los platos que están destinados para él. Mas tarde ya encontraremos medio de satisfacer á vd. y que quede contento, y todos quedemos bien,

VIAGERO. Mucho sentiria descomponer á vd. sus preparativos; pero entretanto ¿no tendría vd. algunas sobras de otros que darme? Me muero de hambre.

MARIQUITA. (*Poniendo delante de él media polla que ha ido á buscar á la despensa.*) Aquí tiene vd., caballero.

VIAGERO. Mil gracias, bella muchacha.

MARIQUITA. ¿Caballero, necesita vd. alguna otra cosa?

VIAGERO. ¿Podrías indicarme el camino mas corto para ir á ver el castillo?

MARIQUITA. No tiene vd. mas que salir á la calle, desde la puerta verá vd. la iglesia y al revolver por una veredita todo derecho llega vd. á la puerta del castillo.

VIAGERO. ¿Cómo te llamas, muchacha?

MARIQUITA. Me llaman Mariquita.

TIA JUANA. ¿Acabarás de charlar, insoportable habladora? Estas ahí mano sobre mano y yo con todo el trabajo sobre el alma.

MARIQUITA. No se enfade vd. tia, ya voy, yo recobraré el tiempo perdido. (*Vuelve ligera al trabajo. El viagero sale.*)

ESCENA IV.

El Tio ANTON, la Tia JUANA, LORENZO, TERESA, ROSA, MARIQUITA, que va y viene.

LORENZO. Oh! No la riña vd. ¡es tan guapa! Y además no tiene vd. que quejarse de que no trabaja, y de que no es lista.

TIA JUANA. ¿De veras? Pues no faltaba mas sino que no lo fuera.... Una huérfana, que por compasion, que por caridad hemos recogido....

LORENZO. Oiga vd., vecina, bien le paga á vd. la muchacha cuanto haya podido hacer por ella. Bien sabe vd. en conciencia que es el brazo derecho de la casa. Con un poquitito siquiera de capital que tuviese no querría yo otra muger para mi hijo.

TIA JUANA. Pues no faltára mas sino que la viese holgazanear como á mi hija Teresa que se pasa la vida mirándose al espejo.

TIO ANTON. Verdad es que tiene por compensacion la dote que le falta á Mariquita.

LORENZO. (*Aparte.*) ¡Qué lástima!

TIA JUANA. ¿Y bien, Teresa, qué estás haciendo?

TERESA. Madre, estoy viendo los que adornan el cuarto.

ROSA. (*Riéndose.*) Lo que está es viéndose al espejo: no se ocupa en otra cosa.

LORENZO. Diga vd., Teresita, se ha puesto vd. muy linda, ya se conoce que aguardamos gentes. ¿Quiere vd. hacer alguna conquista?

TERESA. (*Haciendo dengues.*) Como de esas veces se ha visto dar flechazo las pastoras á los reyes.

TIA JUANA. (*Lanzándose hácia ella y poniéndole unos zorros en la mano.*) Por ahora da flechazo con los zorros á estos muebles, perezosa, y sirve para algo.

TIO ANTON. Despacito, despacito, muger, que le arrugas las mangas.

TIA JUANA. Sí; sí; mímalas, tú la malerías y la echas á perder; sin tí, otra cosa sería la muchacha. (*Durante este diálogo, MARIQUITA y su tio, ayudados de los criados han concluido de poner la mesa. Sobre ella han colocado ra-*

milletes y los cubiertos, con las servilletas rizadas y panecillos dentro de ellas.)

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES menos el Tio ANTON: el VIAGERO.

TIO ANTON. (*Sentándose.*) ¡Uf! ¡Qué cansado estoy! este es el único momento en todo el día en que he podido tomar aliento. Ahora ya puede venir S. M. cuando le dé la gana. Estoy dispuesto á recibirlo.

VIAGERO. Le aconsejo á vd. que no lo llame así, se incomodaría mucho, si lo oyese el conde de Río-Frío.

TIO ANTON. ¿Conque sabe vd. de quién se trata?

VIAGERO. ¡Cáspita si lo sé!

LORENZO. ¡Vaya una idea de querer guardar así el incógnito!

TIO ANTON. Eso es por no causar molestias á los pueblos y evitarse el fastidio de la etiqueta.

VIAGERO. De que es muy enemigo.

MARIQUITA. Dicen que cuando está en los sitios y va á sus cacerías, á que es muy aficionado, le gusta entrarse por los pueblos inmediatos como un simple particular y que así ve de bien cerca las miserias que luego trata de consolar.

VIAGERO. Sobre todo le gusta que se haga justicia en el reino, y para eso tiene dos días fijos de audiencia á la semana, donde cualquiera puede llegarse con toda libertad á él y esponer sus quejas y sus agravios.

LORENZO. Todo eso es muy santo y muy bueno, pero alienta mucho esas ideas nuevas, ideas que no gustan á los curas, y que podrán ser contrarias á la religion.

VIAGERO. Estais muy equivocado, el rey combate el fanatismo, una cosa muy distante de la religion, ama las luces, quiere que se difundan en sus pueblos y prepara lentamente las mejoras que el transcurso de los tiempos hacen inevitables. Podrá equivocarse, pero es un rey bien intencionado que no puede hacer todo el bien ni evitar todos los males que quisiera.

LORENZO. Tiene razon el señor y es de una familia que ha protegido mucho á la religion y al clero. Pues no digo nada su augusta esposa la reina nuestra señora, tan buena, tan amable, y que es un modelo de devocion y de piedad!

ESCENA VI.

LA TIA JUANA Y LOS PRECEDENTES.

TIA JUANA. (*Presentándose con los puños en la cadera y el rostro encendido.*) Llévase el diablo á S. M. al conde de Río-Frío, ó como quiera que sea. Si no llega muy pronto con su comitiva se me van á quemar enteramente los asados y se va á echar á perder toda la comida!

TIO ANTON. ¡Muger! ¡Muger! Vamos con tiento!

VIAGERO. (*Sonriéndose.*) Un poco de paciencia, buena señora, los que vd. aguarda no pueden llegar aquí antes de media hora.

TIO ANTON. ¿Cómo lo sabe vd.

VIAGERO. Porque los he dejado detrás antes de llegar á la ermita del Cristo.